

ESTRADA, HISTORIADOR

Por Leoncio Gianello (Santa Fe) Para LA NACION

En varias oportunidades evoqué en estas mismas páginas a maestros de la historiografía del litoral (1). Ahora quiero referirme a un gran argentino, / que tanto influyera sobre la juventud de su tiempo, y en uno de sus aspectos / destacados: el historiador.

Quando Estrada emprende sus investigaciones y trabajos históricos, la // Historia ya había cimentado su jerarquía científica en la primera mitad del / siglo XIX, llamado con justicia el Siglo de la Historia y lo había logrado // principalmente por obra de los historiadores alemanes más destacados. Con /// ellos surgió una nueva etapa metodológica y la renovación en la investigación histórica. Bertoldo Jorge Niehbur había demostrado en su "Historia romana" pu blicada entre 1827 y 1830, la falibilidad del tradicional método de autorida des, hizo ver cuanto la leyenda había en el hasta entonces incommovible Tito/ Livio, y confirmó las dudas ya aventuradas por Louis de Beaufort en su "Diser tación sobre la incertidumbre de los cinco primeros siglos de la historia ro mana". En tanto que Leopoldo von Ranke "El padre de la heurística", perfeccio naba los criterios de valoración de la crítica externa e interna y de inter-/ pretación.

La filosofía de la historia actúa en dos direcciones: según el aspecto / formal, en un caso, y según su contenido, en el otro, ordenando y abarcando / el suceder histórico desde un punto de vista unitario.

Carbia ha calificado a la escuela de la filosofía de la historia, de la/ que es Estrada el principal exponente, de "escuela guizotiana" por seguir se- gún él las huellas de Francisco María Guizot fundador del Comité de trabajos/ históricos del Ministerio de Instrucción Pública, fundador también de la So- ciedad de Historia de Francia y autor de numerosos e importantes trabajos so- bre la historia de Francia y de Inglaterra. Es precisamente en dos obras His- toria de la civilización en Francia e Historia de la democracia en Francia // donde se manifiesta más claramente la tendencia guizotiana que tuvo muchos ad miradores al comienzo de la segunda mitad del siglo XIX.

José Manuel Estrada, quiso como lo expresara en sus conferencias inicia- les: "enseñar la filosofía de la historia compendiosamente y con claridad de- jando de lado todo detalle y toda investigación de segundo orden, necesarios/ para escribir la historia pero nocivos si se trata de enseñar la filosofía de la historia".

De Nación, Buenos Aires, 29 de marzo de 1982, 4^a sec. p. 2.

Su obra principal es "lecciones sobre la historia de la República Argentina" publicada por primera vez entre 1868 y 1869 en los Tornos I a V de la "Revista Argentina" por él dirigida.

Cabe señalar que en esta Revista se publicaron importantes documentos y se produjeron folletos ya entonces raros como la respuesta al Manifiesto de la Independencia publicada en Madrid en 1818 por "Un Americano del Sud" y que es un hábil alegato contra el Manifiesto dado por el Congreso el 25 de octubre de 1817.

Numerosos trabajos definen la finalidad y proyección de su escuela, pero acaso el que mayormente lo caracterice es su estudio "España hasta el siglo XV" en el que hace inventario y cotejo de la realidad social peninsular y de sus tónicas en constancia, estudio que comienza con esta afirmación rotunda: "Si exceptuamos las repúblicas italianas ningún pueblo de Europa disfrutó durante la Edad Media de formas de gobierno de mayor libertad". Y hace de inmediato el análisis de la base política de las instituciones visigóticas nutridas en el concepto de la soberanía del pueblo en el sentido que Francisco Suárez lo explicaría en su doctrina sobre el origen del poder real.

Dicho trabajo tiene en su breve Introducción una definición del pensamiento Estradano: "Vamos a ver nacer una sociedad y estudiar el curso de su vida con un doble anhelo, el de la ciencia y el del amor. Si sus primeros elementos de civilización fueran un producto propio, no bastaría contemplar su incubación y la serie de cataclismos en que se hubiere desarrollado. Pero en el fermento de la cultura argentina interviene fuerzas y simientes extrañas / porque todas las sociedades fundadas en la conquista reciben hechas y con formas más o menos definidas sus instituciones, sus hábitos y sus creencias. La lógica de la ciencia nos obliga, en consecuencia, a bosquejar las condiciones / características del agente antes de trazar el cuadro de su acción".

Con igual claridad se manifiesta su pensamiento en "Buenos Aires a principios del siglo XIX", surge neto, rotundo, esclarecido su concepto de que solo la perspectiva sociofilosófica nos puede determinar la autenticidad de lo histórico. En dicho trabajo afirmó: "Para explicar con claridad la serie de dramáticos acontecimientos que hemos de traer a la memoria, los resplandores de gloria anublados por fanáticas preocupaciones y las mil alternativas de una resolución, cuyo vuelo intermitente podría de lo contrario sorprendernos, considero indispensable determinar los rasgos de la fisonomía social, observando las exterioridades de la vida urbana y analizando por fin la índole de las costumbres en la época inmediatamente anterior a la que vamos a estudiar!"

y afirmó rotundamente: Las cuestiones históricas no pueden ser resueltas en / virtud de un a priori abstracto o de una noción metafísica. Hegel ha pasado. / Hay una fuerza libre que estudiar en sus aptitudes especiales y en su desarro / llos actual, si se quiere entender el extenso drama de la historia".

Y haciendo verdad ese concepto ahondó en el estudio de la vida social de la Capital del Virreinato del Plata; la vida urbana, la educación, las cos-// tumbres, las diversiones públicas, la situación de la mujer en la sociedad co / lonial, tomando el pulso al latir de ese panorama por él resurrecto y dando / material rico a Juan Agustín García cuando en "La Ciudad Indiana" retomó el / estudio de las bases sociológicas para explicar los elemntos sobre los que ha / bría de producirse el hecho histórico.

Esas "Lecciones sobre la historia de la República Argentina" demuestran / en Estrada la hondura y el vuelo del historiógrafo. Tienen una vigencia real / no obstante la plétora oratoria muy ochocentista que las reviste, y Paul Grou / ssac que fué adversario de las ideas y de los ideales de Estrada ha hecho, co / mo bien lo señala Roberto F. Giusti, este cumplido elogio, muerto ya Estrada / al reimprimirse sus "Lecciones" en las Obras Completas: "Sin aparato erudito, esta revista de la historia patria contiene más substancia medular, más ense / ñanza efectiva que muchas compilaciones ambiciosas e inventarios de lo pasado destituidos a igual de arte y de crítica, en los cuales los detalles ocultan / el conjunto y, como suele decirse, los árboles impiden ver la selva. El lec / tor se siente aquí en presencia de un espíritu eminente que contempla desde / la altura la sucesión de los acontecimientos, desdeñoso por tanto de un estu / dio minucioso y molecular, pero de incomparable eficacia para interpretar las evoluciones importantes de la sociedad e inducir sus leyes y aquél francés // tan parco en elogio define a Estrada: "El pensamiento robusto y simple, segu / ro de sí propio hasta el exceso, como acaece con todos los talentos sintéticos desciende su pendiente hasta nosotros con fuerza al parecer irresistible, a // manera de un río encauzado que no divide ni desborda y cuando, por momentos, / toma dirección que no queremos seguir, necesitamos un verdader esfuerzo para / hacer pie y reaccionar contra su corriente poderosa". Y concluye: "El estilo / vibrante y personal ha conservado el ímpetu oratorio ciertas pororaciones so / noras, leídas en alta voz, recobran el acento y como el aleteo de la improvi / sación; y es imposible para quien en horas tan lejanas las escuchó salir de / los labios inspirados, no repetir el dicho que se atribuye a Esquines leyendo la arena de Demóstenes. "Que sería si le hubiéseis oído, si audissetis ipsum"

En "La política liberal bajo la tiranía de Rosas" dio buriladas y exac /

tas epopeyas la dimensión histórica de nuestros grandes próceres: Belgrano, / San Martín, Moreno, Rivadavia, surgen de su pluma en hondura y en ejemplari- / dad, porque este filósofo de la Historia se acerca en mucho a Arlyle y su con- cepto de los hombres-guiones, y conservó siempre la convicción del pragmatismo de la Historia: de aquel "Magister Vitae" de la definición ciceroniana.

En "Fragmentos históricos" hace un estudio sociológico de Buenos Aires, / de los elementos étnicos que componían la población del Virreinato, y una in- terpretación del gaucho del que dijo: "La libertad, idealización de su fuerza irrita su potencia imaginativa, y se lanza, con la elasticidad de los huraca- nes, en la mano la lanza y en la memoria sus sueños, héroe o montonero, vence- dor o vencido, pero jamás esclavo".

Al clausurar el curso de historia que dictó en 1866 lo hizo con una cla- se magnífica, como todas las suyas, en la que planteó un paralelo entre la co- lonización española y la inglesa señalando las ventajas de esta última reali- zada por hombres que "colonizaron el Norte buscando tierra en que radicar la / libertad". Aquel fácil espejismo de los puritanos de la "Mayilower" sedujo a / Estrada quien en 1866, a los 24 años, tenía un peyorativo criterio de la colo- nización española. Años más tarde, destaca Giusti, en una de las notas a la / Antología de Estrada cambió de opinión y tuvo la intención de escribir un nue- vo paralelo entre ambas colonizaciones pero desgraciadamente no realizó su // propósito. Sólo dejó un breve esquema y en el círculo de sus allegados el re- cuerdo de su nueva manera de ver las cosas".

En el estado actual de los estudios históricos nadie duda que la Histo- / ria es a la vez ciencia y arte: ciencia, en cuanto a su propia metodología, / la crítica y la valoración de las fuentes; arte, en cuanto obtenida la anhela- da verdad que se persigue sea el historiador capaz de exponerla con la pulcri- tud y la belleza del estilo.

Y José Manuel Estrada es ejemplo de que la historiografía no debe expla- narse en páginas de insoportable pesadez y, con afán de poeta y de artista, / iluminó los tiempos y los hombres con aquel emocionado calor de vida que hace de la Historia una "resurrección" como lo pedía el clásico de Francia.

(1) LEONCIO GIANELLO: "Manuel F. Mantilla", Martiniano Leguizamón y Manuel M. Cervera" en LA NACION, Domingos 11 de mayo, 19 de junio y 6 de julio de / 1975.-